



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...

Ave María...(x3)

Gloria...

9na Rosa: El Pecado

Vamos ya en la recta final de este camino de consagración. Hemos ido entregando cada día una rosa a nuestra Madre y, poco a poco, el corazón se empieza a transformar. Es por eso que, al acordarnos de los pecados que hemos cometido en el pasado, nos llenamos de vergüenza con nosotros mismos. Quizás hemos puesto ya varias de nuestras faltas en las llagas de Jesús, las hemos confesado e incluso se las entregamos a María con estas rosas. Sin embargo, hoy le presentaremos nuevamente a nuestra Madre nuestras debilidades y faltas, para que, de cada caída, grande o pequeña, Ella vaya forjando en nosotros el camino hacia la santidad.

La Virgen nos conoce a profundidad, desde que nos recibió a los pies de la Cruz nos convirtió en verdaderos hijos suyos y nosotros la recibimos en nuestra casa como lo hizo el discípulo amado (Jn. 19, 27). Al vivir en su presencia Ella se ha ido volviendo parte de nuestra vida, sabe de cada cosa que hacemos, del amor que tenemos hacia Ella y hacia su Hijo, así también como de nuestras debilidades.

Cada vez que caemos y nos volvemos a Dios, confiando en su misericordia, María recibe esa ofrenda nuestra y la presenta al Padre como un regalo de amor. Ella sabe de la rectitud de intención de nuestro corazón y, por eso, aboga por nosotros ante Dios y deja al descubierto que la caída no proviene de la maldad del corazón, sino que es consecuencia del mal que

recae sobre la humanidad y de las heridas y el dolor que hemos atravesado en nuestro peregrinar.

Darnos cuenta de que el corazón del hombre no es malo, sino que actúa contra el bien en consecuencia del pecado, no es una justificación para seguir obrando de mala manera. Por el contrario, reconocer esta debilidad, nos permite restaurar la propia vida y la de los demás, dando testimonio de la misericordia de Dios.

Jesús, siendo Juez (Cfr. Mt. 11, 27) y Rey del universo (Cfr. Jn. 18, 37), no ha venido a juzgar al mundo, sino a darnos la vida (Cfr. Jn 10, 10). Por tanto, ¿Quién somos nosotros para juzgar nuestros pecados o los de los demás? Recordemos algunas de sus palabras: *“Quien esté libre de pecado que lance la primera piedra”* (Jn. 8, 7); *“Yo no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo”* (Jn. 12, 44); *“Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más”* (Jn 8, 11)

Si Él, siendo Dios no nos condena, ¿quién lo hace entonces?

Una vez que hemos saboreado el amor de Dios y hemos gustado de su misericordia, dejamos de vivir bajo la ley del temor y el pecado, para disfrutar del camino del amor y la libertad.

Cuando uno encuentra la luz, vive como hijo de Dios, cuando uno encuentra el amor, vive como hijo del Amor. Desde entonces, la propia vida sirve para ser testimonio frente a los

demás, no importa cuánto hayamos pecado o cuántas veces nos tropecemos en el camino.

¿Cuántas otras personas han pasado por los mismos sufrimientos que uno? ¿cuántos han caído en los mismos abismos? ¿cuántos han recibido la gracia para levantarse? ¿cuántos necesitan encontrar la gracia que con María hemos encontrado?

Al entregar esta rosa, vamos a hacer examen acerca de la misericordia que Dios ha tenido con nosotros, recordando que "*al que mucho se le perdona, mucho ama*" (Lc. 7, 47). Vamos a preguntarnos por qué seguimos de pie y frente a Dios a pesar de haber caído tanto. Le pediremos a nuestra Madre la gracia de devolver bien por mal y de ser testimonio viviente del amor de Dios en nuestra vida.

ORACIÓN PARA PEDIR LA VALENTÍA

María, hoy te pido que me alcances del Cielo la valentía para ver sin miedo mis faltas. Que pueda observarlas con valor, sin victimismos ni falsas culpabilidades, para que, reconociéndolas, me dé cuenta de la grandeza de la misericordia de Dios en mi vida. Que descubra, frente a mis pecados, el amor inmenso que me tiene y por el cuál me restaura y me perdona.

Te pido que me hagas valiente para rechazar toda inclinación al pecado y, si caigo, dame el valor que necesito para tomar tu mano y levantarme enseguida.

Quiero llevar una vida nueva y ser reflejo de un Dios misericordioso que quiere tenernos con Él en el Cielo. Ayúdame, Madre, a ser valiente testigo de su amor en el mundo. Que no tema presentarme como soy, con mi historia y mis caídas, pero también con las gracias que me permiten restaurar mi vida; que los demás encuentren en mí, la esperanza que necesitan para volverse a Dios y optar por Él; que sepa ser luz en medio de las tinieblas del pecado, para que muchas almas descubran la gracia que tú me has dado de vivir como Hijo amado de Dios a pesar de mis pecados.

Amén